

## Espacios Políticos

# Ausencias que se Notan

POR LORENZO MEYER

**E**N todo sistema político debe haber espacios donde pueda darse de manera civilizada el conflicto entre los opuestos, pues desgraciadamente no hay política sin conflicto. Con el fin de limitar los estrategos que puede causar la disputa por el poder, los sistemas abiertos tienen múltiples arenas donde, a los ojos de la sociedad entera, los contrincantes luchan ateniéndose a reglas más o menos claras, mayoritariamente respetadas, y que procuran atenuar al máximo la violencia latente en toda disputa política, a la vez que alientan la participación ordenada de la sociedad en la pugna por distribuir los recursos escasos, que es la esencia de la política.

Desafortunadamente, no todos los sistemas políticos son abiertos, y más de un régimen simplemente intenta abolir la lucha negando validez al conflicto. Se trata en este caso de sistemas dictatoriales cerrados, donde la legitimidad de la oposición no es reconocida, y donde se pretende que la esencia de la política es simplemente la coordinación y la administración de los recursos.

★

**S**IN embargo, y como a la larga es imposible evitar el conflicto, éste tiende a darse intramuros, en la oscuridad. Generalmente la lucha en los regímenes totalitarios o dictatoriales es entre facciones del grupo en el poder; la pugna es sorda y se desarrolla fuera de las miradas de la opinión pú-

blica. Aquí las reglas del combate nunca están claras, pues no pueden ser explícitas, y sólo cuando tienen lugar las purgas internas o las explosiones de violencia, se puede saber quiénes chocaron, pero nunca hay la certeza de saber por qué tuvo lugar el conflicto y cuál fue el verdadero proyecto de los contendientes.

¿Cuál es nuestro caso? En México, la Revolución de 1910 puso fin de manera

tan contundente al antiguo régimen, que por largo tiempo aquellos que nos gobernaron casi no tuvieron que preocuparse de lo que hacían o pensaban sus enemigos de fuera del sistema, especialmente después de la derrota política de los ejércitos cristeros de 1929. A partir de entonces el conflicto político central no fue una lucha entre la Revolución y la contrarrevolución, sino básicamente un pleito de familia, un problema interno al sistema: cardenistas contra callistas, almanistas contra cardenistas y avilacamachistas, henriquistas contra alemanistas y ruizcortinistas, etc. Lo interesante del caso es que ganara quien ganara, la esencia del sistema seguía siendo la misma.

En estas condiciones de dominio casi absoluto de una élite sobre la sociedad mexicana, las instituciones y procesos que formalmente debían atraer y encauzar las energías políticas de la nación —partidos políticos, sindicatos, organizaciones de clase, campañas electorales y similares— simplemente perdieron (o nunca lograron) su papel de intermedios reales e importantes entre la sociedad civil y el gobierno.

★

**D**E ahí que hoy tengamos un problema. En efecto, los cambios que la sociedad mexicana ha tenido desde la consolidación de la actual forma de gobierno en los años cuarenta, aunados a los que ha traído consigo la actual crisis económica, requieren con urgencia de grandes espacios para ventilar nuestros graves problemas políticos de manera civilizada y constructiva, pero resulta que en la práctica tales espacios casi no existen. No creo necesario tener que

justificar aquí el hecho obvio que los actuales partidos políticos de poco sirven como cadenas de transmisión entre las necesidades y angustias del mexicano común y corriente y su gobierno, y que lo mismo puede decirse del proceso electoral, de los sindicatos, etcétera.

Se puede tratar de comprimir al mínimo la lucha política entre nosotros, pero no se puede evitar, y menos cuando estalla una crisis de la magnitud de la que hoy vivimos. Es por ello que en estos días, ins-

4-II-87

tuciones y arenas que en otras circunstancias no tendrían una carga política particularmente importante, están siendo usados por grupos y corrientes de opinión como sustitutos de los partidos y sindicatos para expresar una insatisfacción que en principio debería ser canalizada por aquellos, pero esto no puede ser por tratarse de estructuras atrofiadas.

En los últimos tiempos, y con alarmante frecuencia,

las universidades públicas han sido uno de los micro-universos donde se desarrollan, si bien de manera distorsionada, las luchas que en sistemas más sanos se dan en otras partes. Ello se debe a que la universidad es uno de los espacios más críticos y uno de los eslabones más débiles de la cadena de autoridad en países como el nuestro. Así, el derrocamiento de un rector es, en más de un sentido, un sustituto ante la imposibilidad de lograr el cambio de un gobierno por la vía electoral. Una huelga universitaria es el equivalente de una huelga general. Una impugnación a lo ordenado por un consejo universitario o un rector

es, en realidad, un rechazo a la autoridad del gobierno o del régimen y así se puede seguir interpretando un buen número de hechos y situaciones que tienen lugar dentro de los muros universitarios. Y lo mismo se puede decir de la Iglesia; cuando en Centroamérica, en Chile o en el norte de México un grupo importante de ciudadanos considera que ya no hay otra forma más efectiva de expresar su descontento, la Iglesia se politiza, ya sea a través de la teología de la liberación o de otra fórmula que le otorgue un papel de actor político central.

En resumen, si no queremos universidades donde

el quehacer político sea más importante que el académico o ministros del culto religioso que sean líderes políticos y que hablen en nombre del pueblo sin derechos y cosas similares entonces debemos insistir en que se restituya su papel a los espacios legítimos de participación política. Las distorsiones actuales no le convienen a nadie van en contra del interés nacional, tal y como hoy se define a éste desde el poder o incluso desde fuera. La modernización política de México es impostergable y es mejor que se lleve a cabo por las buenas que por las malas.